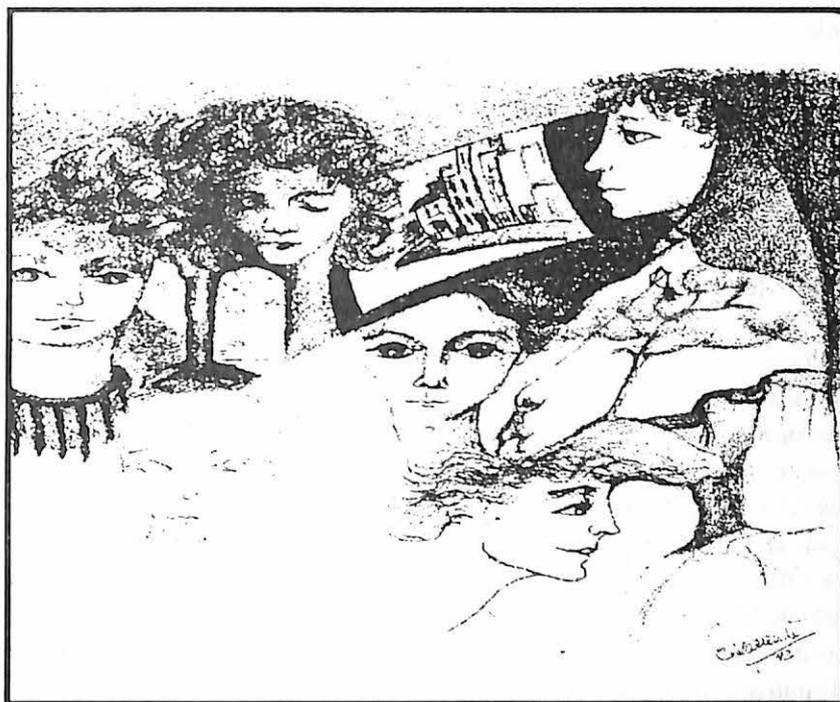


## LA SOMBRA DE LARRA EN JUAN B. ALBERDI

María Celia Salgado

Universidad Nacional del Comahue



**L**a revista porteña *La Moda* apareció semanalmente desde el 18 de noviembre de 1837 hasta el 21 de abril de 1838: en total, veintitrés “gacetines”, como se llamaba entonces a estos fascículos. Entre sus secciones permanentes figuraban, además de la que daba nombre a la publicación, las de música, poesía, literatura y

*costumbres*, dirigidas a un público primordialmente femenino. El director responsable -y no es un dato superfluo- era Rafael J. Corvalán, compañero de estudios de Alberdi e hijo del edecán de Rosas. El joven tucumano -por su parte- colaboraba en todas las secciones. En ellas publicó composiciones musicales, comentarios poéticos, estudios literarios, noticias de modas y artículos de

costumbres firmados con el seudónimo de "Figarillo".

Pocos meses antes del nacimiento de *La Moda*, Larra se había suicidado en Madrid. Más allá y más profundamente que la anécdota sentimental, el escritor español había sido víctima de una crisis personal alimentada en el compromiso con que vivía sus ideas. Alberdi tenía noticia del escritor español, pues lo menciona en el *Fragmento preliminar al estudio del Derecho*, en relación a lo que él llama "la ignorancia española".

Mientras se preparaba la publicación de *La Moda*, apareció en Montevideo una edición uruguaya de los artículos de Larra, hecha por la Imprenta Oriental. La misma librería de Isaac y Mompí, en que Alberdi puso en venta su *Fragmento preliminar*, ofrecía también a su clientela la *Colección de artículos de Larra*. Tal vez allí el futuro Figarillo haya encontrado a su modelo español<sup>1</sup>. Pero lo cierto es que Alberdi vuelve a hablar de Larra en el segundo número de *La Moda*, y que su tono no es el mismo que el de la mención anterior. Ya no es Larra "consecuencia" de la ignorancia española, sino "muestra cabal de una literatura socialista y progresista" y su libro "el más gracioso, más instructivo y más bello que la España haya producido de cien años a esta parte"<sup>2</sup>. Y en el anexo musical del número siguiente aparece por primera vez el seudónimo de Figarillo, adoptado por Alberdi a expensas del Figaro español. Luego, los números 3 y 4 de *La Moda* traen sendos artículos de costumbres firmados por Figarillo. Pero en el 5, donde éste expone su programa, con el título de "Mi nombre y mi plan", va también una noticia necrológica del entierro de Larra, ocurrido nueve meses antes, y un fragmento de la poesía leída por Zorrilla en

esa circunstancia. Estos datos son -a lo menos- intrigantes: un radical cambio de opinión del escritor argentino acerca del español (en el mismo año 1837 publica el denuesto y el elogio) y un innecesario retraso en las honras fúnebres periodísticas. Pese a que Alberdi dice que si no se llamase Figarillo no conseguiría ser leído<sup>3</sup>, la actitud morosa en que anuncia la muerte de Larra, reproduce en realidad la de los mismos madrileños, indiferentes ante la pérdida, remisos en publicar la noticia y fríos en la crónica<sup>4</sup>.

En sus artículos sobre el "Panorama matritense" de Mesonero, había recordado Larra la frecuente solidaridad de la sátira y el costumbrismo, así como la conveniencia de "hermanar" en éste "la más profunda y filosófica observación con la ligera y aparente superficialidad de estilo". Pero no es el propósito de Alberdi escribir artículos de costumbres en los que palpiten observaciones profundas y filosóficas. Las siguientes afirmaciones vertidas en "Mi nombre y mi plan" pudieran leerse como irónicas si no estuviesen refrendadas por la índole y el tratamiento de los temas de que se ocupará Figarillo:

Me llamo Figarillo, [...] porque yo no entro tan en lo hondo de las cosas y de la sociedad como el Cervantes del siglo XIX. Yo no me ocupo sino de frivolidades, de cosas que a nadie van ni vienen, como son las modas, los estilos, los usos, una que otra vez las ideas, las letras, las costumbres, y así, cosas todas de que los espíritus serios no deben hacer caso...

Si dudamos del sentido literal de estas expresiones, nos bastará cotejar artículos que -bajo el mismo título y motivo- salen de la pluma de sendos escritores. Vale como ejemplo el artículo de Larra dedicado al Carnaval de 1833

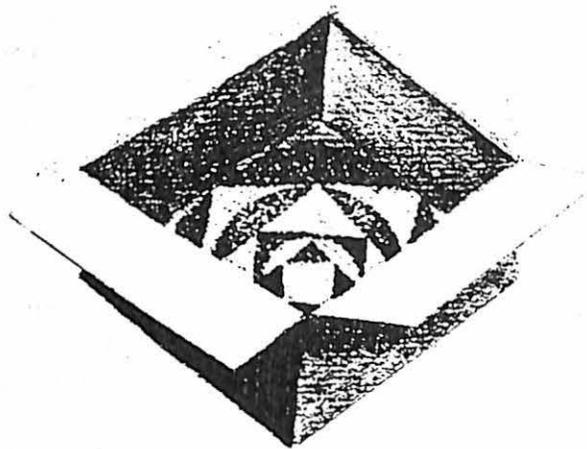
<sup>1</sup> José A. Oría, pról. a Juan Bautista Alberdi, *Ensayos satíricos y de crítica literaria*, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1986, p. XXXIII.

<sup>2</sup> *La Moda*, n° 2.

<sup>3</sup> En "Mi nombre y mi plan", *La Moda*, n° 5.

<sup>4</sup> Azorín reproduce las crónicas fúnebres de los principales diarios madrileños para llamar la atención en esta ingratitud de los españoles hacia el periodista y el hombre de letras, en *Rivas y Larra*, Madrid, Espasa Calpe, 1957, p. 120 y ss.

frente al de Alberdi aparecido en *La Moda* el 24 de febrero de 1838. El artículo de Larra apunta a denunciar la confusión, el caos, la subversión de valores, la hipocresía. El título y subtítulo afianzan esa misma idea: "El mundo todo es máscara. Todo el año es carnaval". La tesis ya está enunciada: el mundo todo es eso, un baile de máscaras, una permanente y abigarrada confusión. Ante este pesimismo cósmico, el artículo de Alberdi, "El Carnaval", resulta no sólo fútil sino chabacano. De su futilidad da cuenta el tema al que sirve de soporte la sátira: se zahieren las costumbres heredadas, las fiestas tradicionales, el espíritu del pueblo nada proclive a los cambios.



Alicia Barbak

Dos escritores, dos periodistas, que casi al mismo tiempo escriben "artículos de costumbres", que usan la sátira para denunciar los males que ven en la sociedad que los rodea, que pertenecen a la generación de los "jóvenes" en países cuyas políticas están en manos de veteranos, ambos bajo el referente del Fíguro de Rossini, "factotum della città", viven experiencias políticas que de algún modo aparecen como semejantes.

Pese a que una distribución maniquea presentaría -desde la historiografía actual- algunas correcciones, la lectura de la historia desde la literatura decimonónica, nos da este paralelo: si las luchas internas en España estaban definidas en dos bandos, carlistas y liberales, en las Provincias Unidas del Plata (no tan unidas) la división era entre federales y unitarios. Los carlistas defendían los fueros tradicionales, que en el plano jurídico representaban la legitimación de los derechos regionales, el reconocimiento de la peculiaridad histórica y cultural de los antiguos reinos; los federales, por esta parte, querían salvaguardar los derechos políticos de las provincias, defendiéndose de la primacía que se arrogaba la ciudad puerto. Afirmación de las provincias periféricas en carlistas y federales, frente a unidad hegemónica en los liberales españoles y en los unitarios. Se podría enumerar un conjunto de factores que vinculasen los bandos en pugna en ambos lados del Atlántico: unidad religiosa, versus tolerancia; defensa de la tradición y sus valores, versus un proyecto de cambio; proteccionismo económico, versus libremercado; mirada hacia el interior de las fronteras, en una actitud de defensa del patrimonio cultural, versus un deslumbramiento por el liderazgo extranjero a cuya zaga se quiere conseguir entrar en el ritmo de los tiempos modernos. A estos pares polares podríamos agregar que tanto los federales como los carlistas eran tachados por sendos rivales como hijos de

la barbarie, como producto de una sociedad ociosa, retrógrada, apegada a su tierra y a las tradiciones, enemigos del progreso y de las "nuevas ideas".

Esta simplificación, no obstante, adolece de las fallas de cualquier generalización, ya que un abismo separaba ambas comunidades políticas: en España dos monarcas se disputaban el trono, y ambas facciones defendían la monarquía, constitucional o no, monarquía al fin; en el Plata -en cambio- se trataba de formar una república, un nuevo estado independiente, recién salido de la égida colonial. Mientras en España la región más industrial, cuya salida al Mediterráneo le brindaba las mejores posibilidades de progreso económico, era marginal al poder central, en el Plata Buenos Aires detentaba el poder político y la llave económica del puerto. Por otra parte, la defensa de los fueros tenía una historia de siglos, arrancaba de lo más profundo de la Edad Media, en tanto que nuestras provincias sólo podían ostentar una tradición colonial, pero se habían formado un sentimiento, unos intereses y una mentalidad de patria chica que les daba cohesión. Con respecto a Francia, los españoles aún sentían el agravio sufrido por la invasión napoleónica, y una generación no podía ser suficiente para enfriar el fuego de la resistencia; para nuestros criollos, en cambio, la ciudad luz brillaba con todo su prestigio intelectual, como líder del pensamiento revolucionario.

Larra y Alberdi pertenecían al grupo de los jóvenes románticos liberales, al menos en líneas generales. Pero es evidente que Larra procede del Iluminismo. Su elección inicial de la modalidad satírica lo ubica en la línea de cierta literatura propia del XVIII: fe en la Razón, certeza en el poder de la educación, confianza en la "ilustración" que dotará al pueblo español de espíritu crítico, romperá por sí misma las viejas estructuras y establecerá pautas de progreso. Poseía un profundo respeto por la ciencia y

consideraba el avance tecnológico como uno de los fundamentos de la nueva sociedad. Larra no se hace escritor importando una literatura nueva para los españoles. La génesis de su obra se produce por un desarrollo orgánico de la literatura moderna en la España de su tiempo.

Alberdi, en cambio, se inicia en la literatura periodística después de cerrado el Salón Literario, buscando un medio de expresión que reemplazase a la tribuna del "Salón", cenáculo elegante, círculo de la mundanidad intelectual. Sus ideas son las que la oleada parisina trae al Plata a través de los viajes regulares que hacían algunos hacia la capital francesa. Su vinculación con el XVIII quizás se limite a un prurito de elegancia, de pulcritud en el vestir, cortesía y urbanidad, que conservó toda su vida. Este gusto por las formas -como en Larra- no es superficial; se corresponde con la creencia de que ellas expresan los valores fundamentales de una cultura. Pero sus relaciones con el neoclasicismo son las de un contrincante que proclama el gusto de los jóvenes en oposición a las normas estéticas y lingüísticas de la generación anterior. El prurito de la "novedad" campea en sus escritos con el fervor propio de quien defiende una doctrina.

Larra escribe entre 1828 y 1836, siempre poniendo su pluma al servicio de ideas que le preocupan profundamente. En un escritor de la prensa de opinión, tan coherente consigo mismo, no es extraño encontrar una evolución que manifieste los nuevos planteos surgidos ante situaciones imponderables. Su inteligencia puesta al servicio de una ideología progresista, no podía permanecer estática ante el devenir de los sucesos históricos que se precipitaban. Es así que en un principio defendió los objetivos y fines de la Ilustración. Pero tras la muerte de Fernando VII en 1833, los precipitados acontecimientos políticos modificaron los fundamentos de su pensamiento y de su obra. La

política y estrategias liberales atrajeron la atención de Larra. Entonces deja de lado en sus escritos la cuestión de la educación como instrumento de cambio. Los problemas prioritarios en las nuevas circunstancias fueron para él cómo la forma legislativa y la acción política directa podían afectar la transformación de la sociedad. En el curso de esos mismos años (1833-1836), su actitud hacia la ciencia y la tecnología ya no es de defensa apasionada, tal vez al darse cuenta de su impacto negativo en la sociedad española. A partir de la reseña de *Tanto vales cuanto tienes*, en el verano de 1834, se muestra receloso hacia la obsesión de sus contemporáneos por los números y cantidades, obsesión que veía como aniquiladora del alma humana. En varias ocasiones se refirió a la posibilidad de que el triunfo del conocimiento positivo destruyera toda ilusión y, por tanto, toda esperanza en la sociedad del siglo XIX.

Uno de los factores que contribuyó a la evolución de Larra<sup>5</sup> fue su percepción creciente de las divisiones y conflictos sociales. Si bien en sus primeros escritos desde *El pobrecito hablador*, señaló la profunda grieta existente entre la élite intelectual y la masa del pueblo español, en posteriores trabajos su concepción del significado y de la naturaleza concreta de esta grieta cambió. Mientras que inicialmente la división se establece entre el educado y el ignorante, hacia la primavera de 1835 las demarcaciones están claramente identificadas con la clase. Por ejemplo, en la tipología de los grupos sociales en conflicto, en "El hombre globo", muestra que las luchas políticas del año precedente le habían revelado los intereses de clase que subyacían en los programas ideológicos. Ya Larra se siente distanciado de las actitudes y aspiraciones de la clase burguesa y la critica en cuanto explotadora de las clases bajas.

---

<sup>5</sup> Según Susan Kirkpatrick en *Larra: el laberinto inextricable de un romántico liberal*, Madrid, Gredos, 1977, p. 110-119.

Comienza su desconfianza en que la burguesía pueda llevar a cabo una auténtica revolución democrática. Su concepto de "pueblo" tiende a perder el carácter abstracto propio del XVIII, y algunos de sus artículos sobre costumbres a partir de 1835 toman a las clases bajas como tema.

Cuando en 1836 los ataques de Larra apuntan al Ministro Mendizábal, su crítica se dirige a la apropiación que hace la burguesía del ideario liberal, apropiación que tiene como exclusivo propósito satisfacer los intereses económicos y políticos de un grupo. Las contradicciones en el programa liberal y en sus principios -que para Larra eran la base del cambio positivo- le provocaron la crisis de su etapa final.

Inútil es bucar tales crisis en Alberdi. Su eclecticismo busca siempre la forma de conciliación, aún entre personas e ideas antagónicas. Se adecua a las circunstancias y para ello no vacila en usar del silencio o la adulación. El 13 de abril de 1838, con motivo de las devociones del Viernes Santo -siete meses antes de que se exiliara en Montevideo para unirse al grupo unitario que preparaba el derrocamiento de Rosas- escribió en *La Moda*:

Ayer se han cumplido mil ochocientos cinco años, a que humeó en Jerusalén la sangre que debía fecundar de nuevo los cielos y la tierra. También ayer se han cumplido tres años memorables para nuestra patria, tres años desde el día en que el pueblo de Buenos Aires, acosado de tantos padecimientos inmerecidos, se arrojó, él mismo, en los brazos del hombre poderoso que tan dignamente le ha conducido hasta el día.<sup>6</sup>

Una semana después aparecería el último número del semanario que cesaba por falta de lectores y consecuente falta de pago al impresor. El mismo Alberdi apuntó: "Escribir en *La Moda*

---

<sup>6</sup> *La Moda*, n° 22.

es predicar en desiertos porque nadie la lee”<sup>7</sup>. El 23 de abril de 1838, avisaron en el *Diario de la Tarde* que “*La Moda* ha querido cesar”. Se ha atribuido su cierre a Rosas, pero no hay indicios de esto ni causas que lo justifiquen. Alberdi siguió escribiendo como Figarillo en *El Iniciador* de Montevideo y continuó recordando a *La Moda* de Buenos Aires. De haber sido cierta la clausura por el Gobierno, el escritor exiliado lo hubiera dicho; pero por el contrario, en uno de sus corrientes diálogos se hace preguntar: “¡Hombre! y ¿por qué cesó *La Moda*?... Por las tenacidades de un maldito impresor”<sup>8</sup>.

Frente a la sinuosidad de Alberdi, Larra se alza como desaprensivo a la hora de denunciar. Y cuando cree necesario hacer frente a las posibles consecuencias de su sátira, anuncia que está dispuesto a admitir en su casa “anónimos, calumnias, billetes amorosos, cartas de convite, esquelas de entierro, comunicados, desafíos, motines, órdenes de destierro, ministros” (II, 308). Pero no sólo se arriesgaba ante los ministros de turno. Cuando se trata de defender la libertad de expresar opiniones, críticas y argumentos, porque confía en que el espíritu crítico romperá con las viejas estructuras y establecerá pautas de progreso, se juega aún más. Toda la “Carta segunda escrita a Andrés” está dirigida a señalar la paralización y el estancamiento a que conduce el miedo a hablar abiertamente. Esta insistencia implica una creencia optimista según la cual el progreso está ligado a una concepción más democrática de la sociedad, cosa que en una ocasión Larra afirma:

La luz de la verdad disipa, por fin, tarde o temprano las nieblas en que quieren ocultarla los partidarios de la ignorancia; y a la fuerza de la opinión, que pudiéramos llamar, moralmente hablando, *ultima ratio populorum*, es a la larga más

poderosa e irresistible que lo es momentáneamente la que se ha llamado *ultima ratio regum*.<sup>9</sup>

La asimilación de la tradición satírica de la prosa española a la realidad contemporánea del siglo XIX constituye uno de los aspectos configuradores en el arte de la prosa de Larra. Esta tradición —como ha señalado la crítica— depende en gran parte de Quevedo. La intención moral quevediana de ver el mundo por dentro, de revelar la realidad detrás de las falsas apariencias, aparece en los artículos de Larra desde el primer cuaderno del *Duende*, tratando de integrar la herencia satírica y moral de Quevedo en el nuevo género del artículo de periódico. Y esto fue reconocido por sus contemporáneos. Tal el *Correo Literario*, que en plena contienda con el *Duende Satírico* exclama: “¡Viva el Quevedo de nuestros días!” y le reprocha que “sueña con los chistes”<sup>10</sup>. La permanencia de Quevedo en el siglo XVIII español se había filtrado por una nueva manera de concebir críticamente la realidad con un espíritu reformista. Larra, en efecto, utiliza la sátira quevedesca para rechazar los valores vigentes, degradando las figuras mediante lo grotesco.

Alberdi, en cambio, no considera que en España pueda haber una tradición literaria de la que beber. Sus modelos son los franceses. Además, una falta de perspectiva histórica le hace creer que de algún modo ellos, los “jóvenes”, son los primeros, que inauguran algo, un estilo, una lengua, unos sentimientos, una forma de pensar, un modo de vivir. En *La Moda* del 28 de diciembre de 1837 dice:

La revolución ha cambiado la dirección de nuestras aficiones y las ha encaminado a ideas y cosas que la España jamás pudo expresar en su literatura, porque jamás conoció. A la prensa periódica como a la no

---

<sup>7</sup> Cito por Juan Pablo Oliver, *El verdadero Alberdi*, Buenos Aires, Dictio, 1977, p. 88.

<sup>8</sup> *Ibid.*

---

<sup>9</sup> Cito por S. Kirkpatrick, *op. cit.*

<sup>10</sup> Cito por José Escobar, *Los orígenes de la obra de Larra*, Madrid, Prensa Española, 1977, p. 151.

periódica, lo que pedimos sobre todo es materias políticas y filosóficas en que España, por su desgracia, es el atraso mismo.

Cualquier tema es propicio para que el joven Alberdi vierta conceptos funestos contra España. Pero cinco años después, cuando deja Montevideo y emprende un viaje a Europa, para entretener su ocio de a bordo, compone una crónica marítima, *El Edén*, especie de poema en prosa, imitación del *Viaje por Oriente* de Lamartine y del *Childe Harold* de Byron. Entonces, a la vista de las costas de Andalucía escribe:

Es 25 de mayo; tenemos delante el horizonte de España [...] los otros pueblos han podido excederte bajo muchos aspectos [...]; pero tú tienes un título que te hace superior a todos [...], has descubierto la mitad del globo terráqueo, y cien naciones han crecido a la sombra de este laurel [...]. Descubriste un mundo; pero después de descubierto le conquistaste por la espada y la creencia, y en seguida le poblaste de ciudades [...], que hoy son naciones independientes.<sup>11</sup>

Peo ya no era Figarillo. Se perfilaba el hombre dispuesto a ejercer en lo sucesivo, la carrera diplomática. Las profundas diferencias de temperamento en ambos escritores, nos han parecido importantes para distinguir lo que -en un nivel superficial- podría considerarse la misma actitud satírica. El género se caracteriza por el desprecio y desdén que presuntamente comunica un autor a un lector, y esa intencionalidad nos lleva a la cuestión del sujeto de la enunciación.

¿Quién era Fígaro para sus lectores? Un ilustrado progresista primero, un demócrata liberal luego, por último un socialista utópico desengañado; pero siempre un rebelde comprometido. ¿Quién era Figarillo para sus lectores? Un joven que embanderaba "las nuevas ideas", nebulosa intelectual inaprensible; un niño

bien que prefiguraba el dandismo del 80, un árbitro de la elegancia y los buenos modales para las damas lectoras del semanario.

Para la sátira -género común a ambos ascritores- la ironía es esencial. Pero no se puede limitar el funcionamiento de la ironía a la sola relación semántica de antinomia entre dos sentidos. Existe otra función de la ironía que opera a nivel pragmático y que consiste en una señalización evaluativa, casi siempre peyorativa<sup>12</sup>. Para su decodificación se necesita un lector que no sólo tenga cierta perspicacia y experiencia literaria, sino también una competencia ideológica, y que adhiera a los valores propuestos por el sujeto de la enunciación. De lo contrario, la lectura será unívoca (no irónica), o peor aún, el lector desprevenido se sentirá identificado en esa masa a la que se desprecia y desdena.

El lector implícito en Larra es un madrileño adulto, informado, al tanto de los acontecimientos políticos y culturales de la capital, solidario con la clase media no acomodada y con el pueblo trabajador. Puede compartir el desdén hacia los políticos, la burocracia del Estado, los nuevos ricos y todo el que quiera aparentar lo que no es.

Alberdi, en cambio, escribe para un público femenino, cuyas preocupaciones aparecen en los textos como de una superficialidad que raya en la tontería. El medio tono que debe conseguir la ironía sostenida, no es logrado por Alberdi, quien pasa del discurso unívoco de la crítica directa, al irónico, sin que las marcas sean suficientes para detectar el doble sentido; o bien abunda en los signos manifiestos para realizar el

---

<sup>11</sup> Cito por José A. Oría, pról. a J. B. Alberdi, *op. cit.*, p.

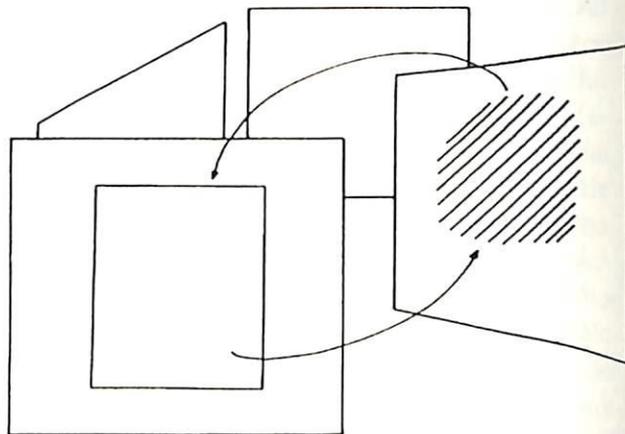
---

<sup>12</sup> Conceptos vertidos por Linda Hutcheon en "Ironía, sátira y parodia. Una aproximación pragmática", *Poétique*, 46, 1981 (trad. De Elsa Noya y Alba M. Paz Soldán)

efecto irónico, de manera tal que su ironía resulta gruesa y sin gracia.

Apenas dos años duró la actividad literaria de Alberdi como Figarillo. Su paso por este tipo de periodismo fue un hito poco feliz para las letras argentinas. Durante el resto de su vida -en Chile y Europa- no dejará la pluma, pero sus preocupaciones serán otras. Sabrá adecuarse a los tiempos y *pragmáticamente* dirigir su pensamiento según las nuevas realidades. Vivió elegantemente la política como el arte de lo posible.

Larra, en cambio, atestiguó la crisis de su tiempo y vivió con dolor el dilema de España. Ello lo convertiría en estandarte de los del 98. Se negó a volver al pasado y huyó de las soluciones que brindaba un individualismo extremo. Las dos Españas machadianas, la que moría y la que bostezaba, le abasaron el corazón. Su muerte representa un honesto monumento a la realidad de las contradicciones que no pudo ni soportar ni resolver.



*Esteban Encarnación* 97